

La Comédiathèque



Atasco en el Camino del Cementerio

Jean-Pierre Martinez



comediatheque.net

**Este texto se ofrece gratuitamente para la lectura.
Antes de cualquier explotación pública, profesional o aficionada,
se debe obtener la autorización de la SACD :
www.sacd.fr**

Atasco en el Camino del Cementerio

Jean-Pierre Martinez

El cementerio de Beaucon-le-Château está completo. Para recibir nuevos difuntos, sería necesario proceder a una ampliación. Pero la propietaria del parque adyacente se niega obstinadamente a ceder ni una parcela. Para remediar esta situación de emergencia, el alcalde toma una medida radical: morir estará estrictamente prohibido en el territorio del municipio bajo pena de sanciones...

Personajes

Albert (o Albertine): Dueño/a del café

Victor (Victoria): Decano/a del pueblo

Louis (o Louise): Decano/a del pueblo

Mario (o Maria): Alcalde/Alcaldesa del pueblo

Charles (o Charline): Señor/Señora del castillo

François: Cura del pueblo

Distribuciones posibles

1H/5M, 2H/4M, 3H/3M, 4H/2M, 5H/1M

(c) La Comédiathèque

El Café du Commerce, en el pueblo de Beaucon-le-Château, en Francia. Albertine, la dueña, seca vasos. Sentado en la barra con un vino blanco, Victor, el decano del municipio, hojea un periódico local antes de dejarlo con un suspiro.

Victor – ¿Por qué sigo leyendo este trapo? Solo hay malas noticias.

Albertine – Es el de ayer. Pruebe el periódico de hoy, tal vez sea mejor.

Victor desprecia el periódico que Albertine le ofrece.

Victor – O tal vez sea peor.

Victor vacía su vaso de un trago.

Albertine – Un periódico solo con buenas noticias no se vendería.

Victor – De todos modos, solo miro la sección de obituarios.

Albertine – Ah sí, pero entonces...

Victor – ¿Qué quieres...? Es la única parte donde más o menos sé de quién se habla. Y cada vez menos... Todos los viejos que conocía ya están muertos. Ahora empiezan a enterrar a los jóvenes...

Albertine – ¿A los jóvenes? ¿A quién llama jóvenes?

Victor – No sé, yo... Ochenta, ochenta y cinco años... Gente que podría ser mis hijos, vamos.

Albertine – Buenas noticias... No es en la sección de obituarios donde las va a encontrar.

Victor – Bueno, depende...

Albertine – Ah sí, ¿de qué?

Victor – Pues... De quién ha muerto.

Albertine – Sí...

Victor – Imagina que compraste una casa en viudedad.

Albertine – ¿Compró una casa en viudedad? ¡Usted tiene ciento dos años!

Victor – No, tranquila. Yo vendí la mía.

Albertine – ¿En viudedad? ¿Hace cuánto tiempo?

Victor – Hoy hace treinta y dos años. Ya tenía setenta en esa época. Así que puedo decirte que si la hija de mi comprador ve mi nombre en la sección de obituarios, sería más bien una buena noticia para ella.

Albertine – ¿Su hija?

Victor – Mi comprador murió hace unos diez años. Al parecer, tenía la salud frágil. Es su hija quien sigue pagándome la pensión.

Albertine – Menuda herencia... ¿Y usted, cómo va de salud?

Victor – Bien. Anda, sírvenme otro vino blanco. Dicen que el alcohol conserva.

Albertine le sirve otro. Entra Louise, la decana del pueblo, prácticamente de la misma edad que Victor.

Louise – Buenos días a todos.

Victor – Señora decana.

Louise – No es muy galante recordármelo.

Victor – Oh, a nuestra edad, la galantería... ¿Qué podemos esperar más que un lugar en el libro de los récords?

Louise – Y te recuerdo que tú eres mayor que yo.

Victor – ¿Mayor? ¡Naciste dos días después que yo!

Louise – Aun así... El verdadero decano eres tú.

Albertine – ¿Qué le sirvo, Louise? Un carajillo, como siempre.

Louise – Me duele un poco el estómago esta mañana. Tal vez me pasé un poco con el champán anoche. Mejor tomaré un gin-tonic.

Victor – ¿Champán?

Louise – Celebraba mis 102 años, precisamente.

Victor – En familia, supongo.

Louise – En familia, sí. O al menos lo que queda... Enterré a mi marido hace veinte años, y a mi único hijo el año pasado.

Victor – Es uno de los muchos inconvenientes de ser centenario. Nuestra agenda se reduce a unos pocos nombres grabados en mármol en las avenidas de un cementerio.

Louise – No deberíamos sobrevivir a nuestros hijos, es antinatural.

Albertine le sirve su gin-tonic.

Albertine – Y un gin-tonic para la señora. Si no la mata, la pondrá de pie. Siempre que no conduzca después...

Louise – Oh, sé bien que no me queda mucho tiempo.

Albertine – Hace veinte años que le oigo decir eso, Louise. Nos va a enterrar a todos.

Louise – No me quejo, eh. He vivido bien. Pero, ¿qué puedo esperar ya de la vida?

Albertine – ¿Quién sabe? Podría convertirse en la próxima decana de los Franceses. ¿Por qué no la decana de la Humanidad?

Louise – ¿Qué edad tiene la que ostenta el título?

Albertine – Está en el periódico de hoy, justamente. Acaba de morir. Tenía 117 años.

Louise – Otros quince años para batir el récord... No estoy segura de tener la paciencia...

Albertine – ¿Y por qué no usted, Victor?

Victor – Quién sabe cuál de los dos vivirá más...

Albertine – Las apuestas están abiertas...

Victor – En cualquier caso, si te vas antes que yo, te prometo que te regalaré una hermosa corona de flores.

Louise – Tú que nunca me has regalado flores... ni siquiera por mi cumpleaños.

Victor – Una hermosa corona para una bonita reina.

Albertine – ¿Seguimos hablando de funerales o hemos pasado ya al roscón de reyes?

Louise – Si tú te vas primero, diré unas palabras amables, no te preocupes. Aunque no las piense...

Victor – No me digas que ya has redactado mi elogio fúnebre.

Louise – Te lo leeré, si quieres. Sería una pena que fueras el único en no disfrutarlo.

Victor – ¿Estás tan segura de que moriré antes que tú?

Louise – Después de los cien años, aparte de vivir un día más, no nos quedan muchos retos.

Albertine – Es verdad que ahora se ha vuelto un poco una competencia entre ustedes, ¿no?

Victor – Sí, ya no quedan muchos competidores en el pueblo aparte de nosotros dos. Somos como los dos finalistas, por así decirlo.

Louise – Ya verás que en unos años, después de los Juegos Paralímpicos, van a inventar unos Juegos Olímpicos para los mayores de cien años.

Victor – ¿Por qué no? Cada vez hay más centenarios... Y están en plena forma.

Louise – A veces me pregunto si la Parca se ha olvidado de nosotros...

Victor – Ya se acordará de nosotros, ya verás.

Mario, el alcalde, entra.

Albertine – Señor Alcalde, buenos días.

Mario – Buenos días, Albertine... Estimada señora... Señor... ¿Cómo están nuestra decana... y nuestro decano?

Victor – Ah, cuando el municipio se preocupa por los viejos, se nota que se acercan las elecciones.

Mario – Es usted injusto, Victor. Le recuerdo que fui yo quien remodeló la plaza del ayuntamiento, para que nuestros queridos mayores pudieran sentarse tranquilamente en un banco a charlar mientras toman el aire.

Louise – Sí, pero antes era un aparcamiento gratuito.

Mario – ¡El coche ya no tiene lugar en el centro! Un parque es una mejora apreciable en nuestro entorno, ¿no? Las madres jóvenes también podrán pasar un rato con sus hijos después de la escuela.

Louise – Ya, pero... ¡ahora no podemos aparcar!

Mario – ¡No me diga que sigue conduciendo, Louise! Y eso que no parece que solo beba limonada...

Louise – Ya no conduzco mucho, es verdad... Pero pienso en los demás... ¡Y además, usted no me ha felicitado por mi cumpleaños!

Mario – ¿Su cumpleaños...?

Louise – Fue ayer. El anterior alcalde siempre me enviaba una nota. Y una cesta de regalo...

Mario – Perdón por el olvido, tengo algunos problemas que resolver en este momento. Pero lo repararemos cuanto antes, ¿verdad...? Y... ¿qué edad tiene, exactamente?

Louise – ¿Exactamente? 102 años.

Mario – Ah, sí, bueno...

Victor – El señor Alcalde tiene razón, Louise. A nuestra edad ya no necesitamos aparcamiento. Nuestro próximo lugar de estacionamiento será en el Boulevard del Cementerio, justo al lado de la iglesia. Allí siempre hay espacio, no hay parquímetros, y no te arriesgas a ser multado.

Mario – Siempre hay espacio... Ojalá...

Albertine – ¿Perdón?

Mario – La crisis de vivienda no solo afecta a los vivos, ¿sabes?

Louise – ¿Qué quiere decir con esas metáforas tuyas?

Mario – Pues... Solo queda un espacio disponible en nuestro cementerio, eso es lo que quiero decir.

Victor – ¿Un solo espacio? ¿Es una broma?

Mario – No me permitiría bromear sobre un tema tan serio, créanme.

Louise – ¿Pero cómo es posible una cosa así?

Mario – ¿Cómo? Cuando el cementerio se volvió demasiado pequeño para recibir a nuevos inquilinos... sin tener que expulsar a los actuales.

Victor – ¿Inquilinos? Pensaba que al menos todos eran dueños de su última morada, incluso los más pobres.

Louise – ¿No es eso lo que llaman una concesión perpetua?

Mario – Ya saben, hoy en día... uno puede seguir creyendo en la vida eterna, pero las concesiones tienen una perpetuidad bastante relativa.

Victor – No más espacio en el cementerio... Esto es de locos.

Albertine – ¿Y entonces qué van a hacer? ¿Una lista de espera?

Mario – Habría que ampliarlo, pero...

Victor – Dicen que gobernar es prever... No se muere todos los días en este pueblo. Tenían tiempo para tomar las medidas necesarias.

Louise – Es verdad. Podrían haber ampliado el cementerio. ¡En lugar de hacer una plaza!

Albertine – Bueno, Louise, el señor alcalde no iba a convertir el aparcamiento frente al ayuntamiento en un cementerio.

Mario – Evidentemente, este proyecto de ampliación está sobre la mesa desde hace años. Solo que...

Albertine – ¿Solo que?

Mario – ¡Aún hay que encontrar un terreno!

Charline, la señora del castillo, llega.

Charline – Señor alcalde... Damas y caballeros... Mis respetos...

Mario – Ah... Justamente estábamos hablando de usted, señora Baronesa.

Charline – ¿De mí?

Mario – Nuestros conciudadanos, con justa razón, como yo, están preocupados por la saturación actual de nuestro cementerio municipal. Y me preguntaban por qué aún no se ha realizado una ampliación para solucionar este problema.

Charline – ¿Y entonces?

Mario – Entonces, estaba a punto de explicarles que la propietaria del terreno adyacente, la Baronesa de Casteljarnac, es decir, usted misma, se negaba a ceder una parte a la comuna para la ampliación del cementerio.

Charline – ¿Ceder una parte del parque de mi castillo para ampliar el cementerio? He convertido mis establos en habitaciones de lujo que son el orgullo de nuestro pueblo. ¡No voy a imponer a esos huéspedes distinguidos una vista al cementerio!

François, el cura, llega.

Albertine – Ah, padre, como representante de la Iglesia, podrá ayudarnos a mediar en este debate entre la nobleza y el tercer estado.

François – Si puedo ofrecerles el consuelo de la religión... ¿De qué se trata, hija mía?

Albertine – La baronesa se niega a ceder una parte de su terreno al ayuntamiento para ampliar el cementerio, que ya está lleno.

François – Sí, conozco este problema, desgraciadamente.

Mario – La señora baronesa no quiere que los clientes de su Airbnb tengan vistas a las tumbas de nuestros queridos difuntos.

François – Desde siempre, el cementerio de Beaucon-le-Château rodea nuestra magnífica iglesia del siglo XII. Los fieles lo cruzan cada domingo para asistir a misa. ¡Este cementerio forma parte del paisaje! Como la muerte forma parte de la vida.

Charline – Cierto. Pero nada me obliga a amputar mi castillo de la mitad de su parque.

Mario – La mitad, ¡exagera! Un décimo, como mucho...

Charline – ¿Y cuando su nuevo cementerio también esté lleno? ¿Piensa alinear tumbas hasta debajo de las ventanas de mi castillo?

Mario – Le devuelvo la pregunta, señora Baronesa. ¿Y cuando usted misma muera? ¿Qué haremos con usted si no queda espacio en el cementerio?

Charline – No hay prisa en lo que a mí respecta, pero es usted quien debe solucionar ese problema. Y si no hay lugar en el cementerio, me enterraré en mi propia capilla, en casa. Como Alain Delon...

Mario – Ahí está, el desprecio de clase que caracteriza a los privilegiados de su especie.

François – Por favor, mantengamos la cortesía. Estoy seguro de que con un poco de buena voluntad, encontraremos una solución que convenga a todos. Empezando por nuestros queridos difuntos... futuros.

Victor – Nosotros somos los primeros interesados, sin duda. Somos los siguientes en la lista, ¿verdad, Louise?

Louise – Queda por ver cuál de los dos ocupará la última plaza.

Albertine – Hace un rato competían por vivir más y entrar en el Guinness de los Récords, ¡no me digan que ahora compiten por ser el primero en partir para quedarse con la última tumba del cementerio!

Un momento.

Victor – Y me imagino que no hay manera de hacer reservas, ¿verdad...?

Albertine – No estamos hablando de una plaza en un camping en agosto, eh.

Louise – Entonces, ¿primero que llegue, primero que se sirva? ¿Y el otro tendrá que ser enterrado en otro sitio...?

Victor – Nacimos en este pueblo y siempre hemos vivido aquí. ¡Es aquí donde queremos ser enterrados!

Albertine – Pues sí, pero mientras no ampliemos el cementerio...

Victor – Los enfermos ya se amontonan en urgencias esperando ser atendidos, ¿ahora los muertos también tendrán que esperar para ser enterrados?

Louise – Pero... ¡diga algo, Padre!

François – Conocen la posición de la Iglesia: Dar a Dios lo que es de Dios, y a César lo que es de César... Este asunto es responsabilidad del ayuntamiento. La Iglesia hace mucho que no se ocupa de la gestión de los cementerios.

Charline – En efecto. Desde que la República nacionalizó los bienes de la nobleza y del clero, ¿verdad, Padre?

Mario – Le recuerdo, señora Baronesa, que debe su título de dama del castillo a la Revolución. Fue en esa época cuando su familia de esclavistas adquirió la finca que usted heredó, ¿no es así?

Charline – Repítalo, si se atreve...

Mario – Me tomé la molestia de investigar su árbol genealógico. En el siglo XVIII, sus antepasados eran armadores en el Estuario de la Gironda. ¿Se atreve a negar que se dedicaban al comercio triangular?

Charline – Si yo fuera un hombre de su condición, ya le habría dado un puñetazo.

Mario – Si yo fuera un hombre de la suya, ya le habría pasado por la espada.

François interviene.

François – Vamos, vamos... Señor alcalde... Señora Baronesa... ¡Cálmense! No revivamos viejas disputas que ya no tienen lugar hoy en día.

Mario y Charline hacen un esfuerzo por no llegar a las manos.

Charline – Si no hubiéramos dejado que todos esos extranjeros se enterraran aquí, nuestro encantador cementerio no estaría sobrepoblado hoy...

Mario – ¿Esos extranjeros?

Charline – Esos extranjeros al municipio, al menos...

Mario – ¿Está diciendo eso por mí?

Charline – Creo que sus padres eran italianos. Y están enterrados en nuestro cementerio, ¿no es así?

Mario – Su familia es originaria de Burdeos. De ahí partían sus barcos para su ignominioso tráfico...

Charline – Burdeos sigue siendo Francia. Y mi familia lleva generaciones establecida en Beaucon-le-Château.

Mario – Mis abuelos eran italianos, en efecto. Mi padre era albañil, y no me avergüenzo de mis orígenes. Pero usted... Aunque sea baronesa, no tiene motivo para estar orgullosa de los suyos.

Silencio tenso.

Louise – Es verdad que muchos turistas se han enterrado aquí en los últimos años.

Mario – A los que llama turistas son propietarios de segundas residencias en nuestra comuna. Pagan sus impuestos, y el alcalde no tiene el poder de negarles una sepultura en nuestro pueblo.

François – Desafortunadamente, nuestro encantador cementerio no puede acoger toda la miseria del mundo.

Victor – ¿La miseria? Vaya... Los burgueses bohemios de París que hacen subir los precios de las casas antes de ocupar nuestro cementerio...

Mario – Sea como sea, si los papas no se hubieran opuesto durante siglos a la cremación, no estaríamos en esta situación...

Albertine – Hay que admitir que, en este punto como en tantos otros, la Iglesia no siempre ha favorecido el progreso, ¿verdad, Padre?

François – Ahora resulta que la culpa es mía.

Charline – En todo caso, no es mía. Albertine, querida, sírveme un Fernet-Branca. Todo esto me ha dado dolor de cabeza.

Mario – ¿No teme envenenarse? Sabe que el Fernet-Branca es una especialidad italiana...

Albertine – Un Fernet-Branca para la señora Baronesa. ¿Y para usted, Padre, qué será? ¿Un poquito de vino de misa? Lo he bendecido esta mañana...

François – Un café, por favor.

Albertine le sirve un café.

Albertine – Y un cafecito para el Padre. ¿Entonces, Señor Cura? ¿Y esa investigación, cómo va?

Charline – ¿Una investigación? ¿Qué investigación?

Albertine – El Señor Cura está buscando un cadáver...

François – Como saben, nuestra iglesia lleva el nombre del Santo Patrón de nuestro pueblo, el beato Abad Bernabé, cuyas reliquias se perdieron en los tumultos de la Revolución.

Mario – Lo que usted llama los tumultos de la Revolución, Señor Cura, es la justa revuelta del Pueblo contra la tiranía, que sentó las bases de nuestra República Francesa.

François – En fin, tras la nacionalización de los bienes de la nobleza y el clero a la que la Señora Baronesa hacía alusión hace un momento, el castillo y su abadía fueron vendidos a ricos comerciantes...

Charline – Todo eso para financiar las desastrosas aventuras militares de Napoleón.

Mario – No tendría la crueldad de recordarle, Señora, que es a Napoleón a quien le debe su título de Baronesa.

Albertine – ¿Ah, sí?

Mario – Fue a Bonaparte a quien su familia compró ese título de nobleza del Imperio, ¿no es así?

Charline – Vaya, parece que a un italiano le fascina la Historia de Francia. La fe del converso, sin duda...

Mario – Los padres del Emperador eran de origen italiano. Así que, en cierto modo, es a Italia a quien le debe ese título de pacotilla.

François prefiere seguir con lo suyo.

François – Sea como sea, como consecuencia de estos cambios sucesivos de propietarios, y del saqueo de la abadía, se perdió el rastro de las reliquias de San Bernabé, que ya eran veneradas en la Edad Media. Se cometieron muchas atrocidades durante la Revolución, lamentablemente.

Charline – ¿No sería mejor dejar descansar en paz a ese santo hombre, esté donde esté su cuerpo?

François – Tal vez... pero, ¿se imagina si encontráramos esas reliquias? Nuestro pueblo podría convertirse en un lugar de peregrinación...

Mario – Si eso puede favorecer el comercio y el empleo en nuestro municipio... ¡estoy dispuesto a creer en Dios y en los milagros!

Un silencio.

Louise – ¿Y si le pagara un adelanto, Señor Alcalde?

Mario – ¿Un adelanto?

Louise – Por esa tumba que aún está disponible. ¿Está bien ubicada, al menos? No demasiado cerca de la entrada, para evitar las corrientes de aire.

Victor – ¿Y por qué esa última tumba debería estar reservada para ti?

Louise – La galantería debería llevarte a cederme la precedencia, ¿no crees?

Victor – Ni hablar... Será para el primero que muera, y punto.

Albertine – ¿Tiene intención de adelantarse, Victor?

François – ¡Les recuerdo que esto va en contra de los principios de nuestra religión católica!

Albertine – ¿Ve a lo que hemos llegado, Señor Alcalde? Estos dos ancianos están dispuestos a tirarse bajo un tren para aprovechar esta última oportunidad disponible en el cementerio. Hay que hacer algo...

Mario – El tren, lamentablemente, ya no para en Beaucon desde hace tiempo. Además, eso debe decírselo a la señora Baronesa.

Charline – Se podría habilitar otro cementerio en otro lugar, ¿no? El ayuntamiento dispone de un terreno...

Mario – ¡Está junto al vertedero!

Charline – Allí o en cualquier otro sitio...

Mario – A usted le da igual, tiene un panteón familiar. ¡Su lugar ya está reservado! Pero ustedes, los mayores, ¿les gustaría que los trataran como trastos viejos?

Louise – ¡Qué horror!

Mario – ¿Un nuevo cementerio al lado de un vertedero? ¡Es una muerte de dos velocidades!

Albertine – Así es... Ni siquiera en la muerte somos iguales. La Revolución no acabó con todos los privilegios, eso está claro.

Mario – No, me niego a habilitar un cementerio entre un desguace de coches y el vertedero municipal. ¡Será la ampliación o nada!

Albertine – Pero eso no es posible... ¡Hay que enterrar a los muertos en algún lugar!

Se oye el sonido de frenos y una colisión frente al café.

Charline – ¿Qué pasa?

Albertine se acerca a la ventana del café y mira.

Albertine – Un accidente, al parecer.

Mario – Voy a ver.

Mario sale.

Louise – Siempre he dicho que ese paso de peatones es peligroso. Justo en la curva.

Victor – Y con esa enorme palmera que bloquea la vista de los conductores.

Albertine – Cuántas veces he pedido al ayuntamiento que quiten esa palmera.

Louise – Ahora, con estos ecologistas, ya no tenemos derecho a cortar un árbol.

Victor – Espero que no sea demasiado grave.

François – Quizás debería ir a ver también. Si alguna de las víctimas necesita los últimos sacramentos...

Louise – Creo que preferirían ver llegar a un médico antes que a un cura, ¿no?

Albertine – Voy a llamar a los bomberos...

Mario regresa.

Charline – ¿Y bien?

Mario – Es el Doctor Pinard. Volvía de su ronda. Al parecer, un algo borracho... Atropelló a una mujer que cruzaba la calle sin mirar.

Albertine – ¿Hay heridos?

Mario – El médico está ileso, pero esta pobre mujer...

Albertine – Iba a llamar a los bomberos.

Mario – Adelante. Pero lamentablemente, ya no es una emergencia.

Louise – ¿Y la víctima?

Mario – El doctor la examinó y es categórico. Murió en el acto.

Victor – Dios mío...

Louise – Pero, ¿es alguien del pueblo?

Mario – Es Josiane Boivin.

Victor – ¿Josiane?

Albertine – ¿La conocía?

Victor – Es la que pagaba la renta vitalicia de mi casa desde que murió su padre.

Albertine – No se preocupe. Sus herederos continuarán con los pagos...

Victor – Pobre Josiane... Tampoco podrá disfrutar de mi casa.

Louise – Sí... Pero aun así, tuvo suerte en su desgracia.

Mario – ¿Ah, sí?

Louise – Es ella quien va a heredar la última tumba disponible en el cementerio...

Victor – Y en cuanto a nosotros...

Louise – Nos tocará el vertedero.

Apagón.

Detrás del mostrador, Albertine, la dueña, consulta su móvil. François llega con un gran expediente bajo el brazo.

François – Buenos días, Albertine.

Albertine – ¿Conoce Chat GPT, señor cura?

François – Ah, sí... La inteligencia artificial... He oído hablar de ello, en efecto. Algunos piensan que es una invención diabólica...

Albertine – Tal vez, pero le haces cualquier pregunta y te responde. Más seguro que Dios, en todo caso... Mire, por ejemplo... ¿Sabe cuántas estrellas hay en nuestra galaxia?

François – La verdad es que no...

Albertine – Cientos de miles de millones.

François – Ah, sí...

Albertine – ¿Y sabe cuántas galaxias hay en el universo?

François – No...

Albertine – Miles de millones.

François – Ah, sí...

Albertine – Todo eso suma miles de miles de millones de estrellas.

François – Sí.

Albertine – Y alrededor de cada una de esas estrellas giran decenas de planetas.

François – Sí.

Albertine – Eso hace miles de miles de miles de millones de planetas.

François – Sí.

Albertine – Sería increíble que la nuestra fuera la única habitada por animales dotados de inteligencia, ¿no cree?

François – Eso... solo Dios lo sabe.

Albertine – No, estadísticamente es muy improbable. Por no decir prácticamente imposible.

François – Si usted lo dice...

Albertine – Seguro que hay mucha gente allá arriba, es evidente.

François – ¿Allá arriba?

Albertine – ¡En el cielo, por encima de nuestras cabezas!

François – Ah, sí...

Albertine – Entonces, ¿por qué Dios habría elegido enviar a su hijo único precisamente a la Tierra en lugar de a otro de esos miles de miles de miles de millones de planetas?

François – Confieso que nunca me había hecho esa pregunta.

Albertine – Aún así, admita que la existencia de al menos algunos extraterrestres es mucho más probable que la de un solo Dios.

François – La religión y la ciencia son dos cosas muy distintas, hija mía, que es inútil oponer.

Albertine – Sin embargo, hace unos siglos la Iglesia sostenía que la Tierra era plana. Y condenaba a la hoguera a cualquiera que afirmara que era redonda.

François – Errare humanum est...

Albertine – Perseverare diabolicum. ¿Un cafecito, como de costumbre?

François – Sí, por favor.

Albertine le sirve su café.

Albertine – Entonces, ¿usted cree en Dios, Padre?

François – Una pregunta bastante extraña para hacerle a un sacerdote...

Albertine – ¿Cree que una mujer puede concebir un hijo por obra del Espíritu Santo, que un muerto puede volver a la vida, que se puede convertir el agua en vino y devolver la vista a un ciego con una simple bendición?

François – Grande es el misterio de la fe...

Albertine – Aun así...

François – Usted cree en los extraterrestres.

Albertine – Pero eso no es cuestión de creencia, señor cura. Ni siquiera de conocimiento. Es solo una hipótesis basada en probabilidades científicamente establecidas, que rozan la certeza.

François – Creo que mejor tomaré un descafeinado...

Albertine – Y además, estar convencida de la existencia de vida extraterrestre en algún lugar del cosmos no es lo mismo que creer que unos hombrecillos verdes ya nos habrían visitado en sus platillos volantes.

François – En efecto.

Albertine – No... Su creencia no se basa en ninguna realidad, y desafía incluso al sentido común.

François – La fe no se fundamenta en probabilidades, hija mía, sino en una revelación y una evidencia. Y para los más escépticos, creer también puede ser una decisión...

Albertine – ¿Ah, sí?

François – Creer es, ante todo, tener ganas de creer.

Albertine – Un poco como creer en Papá Noel, por miedo a que si dejamos de creer, deje de traernos regalos.

François – ¿Puedo tomar mi descafeinado, por favor?

Albertine le sirve su descafeinado. François abre su expediente.

Albertine – ¿Y qué es este gran expediente, Padre? ¿Las pruebas de la existencia de Dios?

François – Casi...

Albertine – ¿La contabilidad de la parroquia? ¿Tiene una auditoría fiscal?

François de repente parece muy exaltado.

François – Acabo de descubrir un verdadero tesoro en una cripta escondida de nuestra iglesia.

Albertine – ¿Piedras preciosas?

François – No, no exactamente.

Albertine – ¿Lingotes de oro?

François – Tampoco... Son documentos de un valor incalculable.

Albertine – Vale...

François – Documentos probablemente escondidos durante la Revolución, que podrían llevarnos a las reliquias perdidas de San Bernabé.

Albertine – Otro cadáver más en perspectiva... ¿De verdad cree que es el momento, cuando nuestro cementerio ya está lleno?

François – Tiene razón... También es urgente encontrar una solución a ese espinoso problema...

Albertine – ¿Por qué cree que la Baronesa se niega a vender parte de su terreno?

François – Ella ya nos explicó sus razones...

Albertine – A menos que haya otras razones, menos confesables.

François – ¿Cuáles?

Albertine – Usted sabe que es viuda.

François – Sí.

Albertine – Su esposo desapareció hace algunos años. Se dice que se ahogó en el río que pasa por su propiedad, y nunca encontraron su cuerpo.

François – Como San Bernabé, en resumen. Un cuerpo más que no ha encontrado sepultura. Que en paz descanse.

Albertine – Se rumorea que ella lo asesinó para heredar su fortuna y que lo enterró en el parque del castillo. Tal vez teme que, al cavar nuevas tumbas en ese lugar, encuentren el cadáver de su marido...

François – No son más que habladurías, hija mía. No nos prestemos a esas calumnias.

Albertine – A veces los rumores resultan estar basados en cierta realidad. Es el principio de la fe religiosa, ¿no?

François – ¿Perdón?

Albertine – Jesús que muere el viernes y resucita el domingo, entre nosotros... Los primeros textos que relatan esta historia inverosímil se escribieron más de veinte años después de la muerte de Jesús. Y aun así, usted cree en eso...

François – ¡Por supuesto!

Albertine – Pero no es más que una fábula. Un rumor que lleva más de dos mil años circulando. Entonces, ¿por qué no podría la Baronesa haber enviado al Barón al otro mundo? Es mucho más fácil que hacer que alguien vuelva, ¿no?

François – Eso... solo Dios lo sabe, hija mía.

Albertine – Dios... y tal vez usted. Usted es su confesor, ¿no?

François – Aunque así fuera, estoy sujeto al secreto de confesión...

Charline llega.

Charline – ¿De qué secreto estáis hablando?

Albertine – Mencionaba ese odioso rumor que dice que usted asesinó al Barón.

Charline – Un rumor iniciado por el alcalde para disuadirme de postularme contra él en las próximas elecciones. Si lo difunde, le advierto que también presentaré una denuncia contra usted.

Albertine – ¿Yo difundir esos chismes? Justamente le decía al señor cura que encontraba absolutamente intolerable ensuciar así la reputación de las personas honradas. ¿No es cierto, Padre?

Charline – Y ahora él quiere que le ceda una parte del parque de mi castillo. ¡De ninguna manera!

François – ¿Aunque sea por el bien de la comunidad... y de la parroquia?

Charline – También es una cuestión de principios. No voy a ceder a sus exigencias solo para demostrar que no he enterrado a nadie en mi casa.

Albertine – Es una maniobra burda, en efecto.

Charline – Entonces, ¿está de mi lado, Albertine?

Albertine – Depende...

Charline – Si soy elegida, ¿le interesaría ser adjunta del alcalde?

Albertine – Depende... ¿Se paga bien?

Charline – Digamos que uno se beneficia de ciertas ventajas.

Albertine – ¿Ventajas...?

Charline – Una subvención, por ejemplo, para renovar la fachada del *Café du Commerce*, ¿le gustaría? Después de todo, este local ha sido durante mucho tiempo un lugar de encuentro imprescindible en nuestro pueblo. Casi un monumento histórico. Prácticamente un servicio público...

Albertine – No es del todo falso.

Charline – Y además, un adjunto al alcalde puede evitar ciertos problemas... sobre todo si es comerciante.

Albertine – ¿Problemas...?

Charline – Tengo entendido que no paga ningún impuesto al municipio por su terraza, instalada en el espacio público... Es un privilegio cuya legitimidad podría ser reevaluada por un nuevo alcalde más preocupado por llenar las arcas del municipio...

Albertine – Tendré que pensarlo.

Charline – ¿Y usted, Padre? ¿Qué opina? Un militar o un eclesiástico siempre lucen bien en una lista electoral. Y no tengo ningún general a mano...

François – Mi función me prohíbe participar en la vida política del municipio, lo sabe. Pero habrá que encontrar una solución para nuestros queridos difuntos...

Llegan Louise y Victor.

Albertine – Hola, Louise... Hola, Victor... Justo hablábamos de ustedes.

Victor – ¿De nosotros?

Albertine – Bueno, de lo que haremos con ustedes cuando...

Louise – No he pegado ojo en toda la noche. Soñé que me llevaban al vertedero para reciclarme, pero que ni siquiera allí me querían porque no había nada que aprovechar de mi cuerpo.

Albertine – Vaya, eso es fuerte...

Victor – Señora Baronesa, ¿no permitirá que hagan eso?

Charline – Tan pronto como sea alcaldesa de este pueblo, encontraremos una solución, no se preocupen.

Louise – ¿Me enterrará en el parque del castillo, junto a su marido?

Charline – Se lleva hablando desde hace tiempo de cerrar la escuela primaria que solo tiene una decena de alumnos.

Victor – Sí... Es incluso donde nos conocimos Louise y yo... hace casi un siglo.

Louise – Es verdad. Cómo pasa el tiempo. Tengo la impresión de que fue ayer.

Victor – Te recuerdo aún con tus coletas y tu pequeño delantal rosa.

Louise – Era una mocosa en aquella época.

Victor – Y no has cambiado...

Charline – Podríamos construir el nuevo cementerio allí. Hay un gran patio...

Victor – ¿Cerrar la escuela para ampliar el cementerio?

Charline – Así, al menos, se quedarán juntos. Si fue allí donde se conocieron...

François – Bueno, señora Baronesa... Imagínese el símbolo para nuestro pueblo, ya en proceso de desertificación. Enterrar a los antiguos alumnos en el patio de la escuela...

Albertine – Tendremos que encontrar un lugar para todos esos cadáveres.

Louise – Solo vienen a instalarse aquí jubilados. Así que, claro...

Victor – No es cerrando clases como atraeremos a los jóvenes. Si usted es elegida, debería luchar por conservar esta escuela.

Louise – Lo que yo quiero es un lugar en el cementerio. Y al parecer, se ha vuelto más difícil de encontrar que una plaza en una guardería.

Victor – Eres una vieja egoísta, Louise.

Louise – Y tú un viejo trasto.

Victor – ¡Ni siquiera en el vertedero te querrán! ¡Lo has dicho tú misma...

Mario llega.

Mario – Señoras y señores... ¿Todo va bien?

Albertine – La rutina. Dos centenarios luchando por un lugar en el cementerio.

Mario – Señora Baronesa... Justamente, la estaba buscando...

Charline – Si es para anexar otra parte de mi parque, le advierto que no he cambiado de opinión.

Mario – Y ahora entiendo mejor por qué...

Charline – ¿Perdón?

Mario – Acabo de ser informado de su proyecto.

Charline – ¿Mi proyecto...?

Mario – El de crear un campo de golf en el parque de su castillo.

Charline – Es un proyecto aún confidencial... ¿Quién le ha informado?

Mario – Tengo amigos por todas partes, ya sabe.

Charline – ¿Amigos? Más bien espías...

Mario – Entonces no lo niega.

Charline – Tener grandes proyectos para nuestro municipio no es un crimen. ¿Por qué debería ocultarlo?

Mario – Los campos de golf tienen una huella de carbono catastrófica. Desperdician un recurso hídrico cada vez más escaso en nuestros días.

Charline – Este proyecto crearía empleos en el municipio. Y los visitantes revitalizarían el comercio local, cada vez más moribundo.

Mario – ¿Realmente cree que sus clientes adinerados vendrán a hacer sus compras en la tienda del pueblo y tomarán el aperitivo en el *Café du Commerce*?

Charline – Más que los muertos que quiere enterrar en mi parque, en todo caso.

Mario – ¿Es por eso que se niega a vender?

Charline – Un campo de golf en Beaucon-le-Château me parece más prometedor para el futuro que un nuevo cementerio, en efecto.

Mario – ¿Y es también por eso que quiere tomar mi lugar en el ayuntamiento? Para imponer este proyecto que de otro modo no tiene ninguna posibilidad de concretarse.

Charline – Porque usted se opondrá... ¡Por venganza! Es un abuso de poder, ¡y lo sabe!

Mario – Me opondré porque este proyecto no se ajusta al Plan General de Urbanismo de nuestro municipio y además es una aberración ecológica. Todo para crear un parque de atracciones reservado para los ricos.

Charline – El golf es, ante todo, un deporte.

Mario – La petanca también lo es.

Charline – Lo siento, pero los clientes de mis casas rurales de lujo no suelen jugar a la petanca en la plaza del pueblo, como usted.

Momento de tensión.

Albertine – Sí... La vida es una partida de golf. Y todos jugamos el papel de la bola. Sabemos que acabaremos en el hoyo, pero no sabemos en cuántos golpes.

Victor – Y tampoco sabemos quién golpea la bola...

Albertine – ¿Jugaría Dios al golf, Padre?

Charline – ¡Golf o no, nunca cederé mi terreno!

Mario – Muy bien, en ese caso... se prohibirá morir en el municipio hasta nuevo aviso.

Louise – ¿Prohibir?

Mario – Es igual de prohibido embarcarse en un avión después del noveno mes de embarazo. Por lo tanto, se puede decir que está prohibido nacer en un avión. ¿Por qué no podría prohibir morir en mi municipio?

Charline – ¿Y cómo piensa impedir que sus administrados mueran, señor alcalde?

Mario – Haré que se vote una ordenanza municipal, eso es todo.

Charline – ¡Pero es una locura! Nadie sensato votará esa ordenanza... que además probablemente no sea legal dada su absurdidad.

Mario – Eso ya lo veremos...

Apagón.

Albertine está limpiando vasos. Victor y Louise leen una ordenanza municipal imaginaria exhibida en el escaparate del café en el cuarto muro.

Louise – Por decisión del consejo municipal, está prohibido morir en Beaucon-le-Château. Cualquiera infractor será perseguido.

Victor – ¡Es increíble!

Louise – ¿Perseguido?

Victor – ¿Por quién?

Louise – ¿Hasta dónde?

Victor – La ventaja de estar muerto es que uno está a salvo de persecuciones, ¿no?

Louise – Eso pensaba hasta hoy...

Albertine – Hasta donde sé, no hay convenio de extradición con el más allá, pero bueno...

Victor – ¿Una multa, entonces?

Louise – Tal vez para los herederos.

Victor – Eso debe ser... Mientras el muerto siga muerto sin autorización, la familia continúa pagando una multa.

Albertine – ¿Mientras el muerto siga muerto...?

Charline llega.

Charline – Señoras y señores... ¿Qué pasa? Tienen caras de entierro...

Victor – ¡Es el caso de decirlo! Mire esto, Padre...

Charline lee la ordenanza.

Charline – Este tipo es un loco peligroso. ¡No podemos dejarlo al frente del ayuntamiento, es evidente!

Albertine – Es verdad que es un poco surrealista, ¿no?

Charline – ¿Surrealista? ¡Es completamente absurdo, sí!

Mario llega.

Victor – ¿Entonces esa es la solución que encontró?

Mario – He averiguado... Varios municipios ya han prohibido morir en su territorio... mientras esperan poder ampliar su cementerio para recibir nuevos difuntos.

Louise – ¿Y cuánto tiempo durará?

Victor – A usted no le importa, ¡usted aún es joven! Pero ¿nosotros?

Mario – Durará el tiempo necesario. La ordenanza se levantará cuando la señora Baronesa consienta en cedernos parte de su terreno.

Charline – Yo lo llamo chantaje. Al prohibir morir, toma a todos los residentes del municipio como rehenes, comenzando por nuestros queridos ancianos...

Louise – ¿Entonces ya no tenemos derecho a morir cuando queremos?

Victor – ¡Que barbaridad...!

Louise – Y si morimos de todos modos, ¿qué riesgo corremos?

Victor – Es que la muerte, cuando llega, no es como ganas de mear, no siempre se puede contener.

Louise – Aunque a nuestra edad, incluso las ganas de mear... tampoco siempre se pueden contener.

Mario – Si incumple esta ordenanza, en todo caso, será enterrado en otro lugar. Si otro municipio acepta recibirle...

Victor – ¿En otro lugar? ¿Y por qué no en el extranjero también?

Albertine – Francia ya exporta sus desechos tóxicos a África, ahora también vamos a exportar nuestros muertos.

Mario – Sí... Mientras los africanos arriesgan su vida viniendo aquí para no morir de hambre en su propio país.

Louise – ¡Pero aquí es donde queremos ser enterrados! ¡En Francia! ¡En nuestro pueblo!

François llega.

François – Hola, mis hijos... ¿Todo está bien?

Louise – No, no todo está bien, Señor Cura. ¡El Señor Alcalde nos prohíbe morir!

François – ¿Perdón?

Louise señala la ordenanza, y François la examina.

Victor – ¡Haga algo, Padre!

François – ¿Prohibir morir? ¡Pero eso es absurdo!

Mario – Solo estoy respondiendo a una situación de emergencia de la cual no soy responsable.

François – Señor Alcalde, en mi ministerio siempre he respetado al pie de la letra el principio de separación de la Iglesia y el Estado... pero al prohibir a mis feligreses morir, ¡está invadiendo el ámbito de Dios!

Victor – ¡Y nuestras libertades individuales!

Mario – ¡Ustedes son centenarios! Pueden esperar un poco más.

François – ¿Pero esperar qué?

Mario – Que la Señora Baronesa se decida a mostrar civismo.

Albertine – Quizás sea el momento de hacer un gesto, Señora Baronesa...

Charline – ¡Ni hablar! ¡No cederé a la presión!

Un momento, antes de que Victor y Louise inicien un aparte al que los demás asisten con sorpresa.

Victor (a Louise) – Sin duda es sospechoso este empeño, ¿no?

Louise – Si ella mató a su marido y lo enterró en el parque...

Victor – Está claro que en ese caso, un golf es mejor.

Louise – Un agujero es menos profundo que una tumba.

Victor – ¿Un agujero...?

Louise – ¡De golf!

Victor – Ah, sí... Es seguro que es menos probable desenterrar un cadáver por accidente.

Louise – El de su marido, por ejemplo.

Charline decide intervenir.

Charline – Quizás ustedes dos estén sordos, pero yo les oigo, ¿saben?

Albertine – Mientras tanto, ¿qué proponen para el cementerio?

Silencio pesado.

Charline – Podríamos hacer una limpieza de las tumbas que ya no se mantienen. Para hacer algo de espacio...

Mario – ¿Expulsar del cementerio a los muertos más desamparados, en resumen?

Charline – Si la familia no ha pagado por la renovación de la concesión...

Mario – De todas formas, tomará tiempo. Hay un procedimiento que seguir.

Albertine – No resolverá el problema definitivamente, eso es seguro. Pero ya permitiría manejar una urgencia...

Charline – Padre, usted que conoce bien la cuestión...

François – Hay una tumba abandonada a la entrada del cementerio...

Charline – ¿Sabe de quién es?

François – No... No fui yo quien celebró la ceremonia. Además, no estoy seguro de que el difunto era católico...

Mario – ¿Y por qué eso?

François – Es un nombre extranjero, creo.

Victor – ¿Extranjero?

François – Magrebí... o Africano.

Mario – Entonces, ¿deberíamos desalojar a este buen hombre para hacer espacio para los verdaderos franceses? Una especie de preferencia nacional post-mortem, por así decirlo...

Charline – Si es la única forma de evitar la fosa común para nuestros conciudadanos.

Mario – Les recuerdo que muchos franceses llevan un nombre extranjero y no son católicos... Como yo, de hecho.

Albertine – ¿Usted, Señor Alcalde, es musulmán? Además de ser italiano y comunista...

Mario – Dije que no era católico. No dije que era musulmán.

Albertine – ¿No me diga que es...?

Mario – Soy ateo. Y anticlerical. Con todo respeto, Señor Cura, no creo en supersticiones y solo confío en la racionalidad. Y, diablos, si no podemos ampliar el cementerio porque la nobleza se niega a ceder un terreno y el clero se lava las manos, ¡pues leguen sus cuerpos a la ciencia!

Los demás parecen consternados. François se persigna.

François – Jesús, María, José...

Apagón.

Albertine consulta su móvil detrás del mostrador. Charline está sentada en la barra leyendo una revista de golf. Victor y Louise están sentados en dos mesas diferentes.

Albertine – Es increíble, pero el Homo Sapiens no es la única especie inteligente que ha vivido en la Tierra.

Victor – ¿Por inteligente te refieres a una especie capaz de hacer su propio planeta inhabitable en apenas unas décadas?

Albertine – También estuvieron los Neandertales, por supuesto.

Louise – ¿Los Neerlandeses? ¿Es una especie inteligente?

Albertine – Pero también estaban los Denisovanos.

Victor – ¿Los Denisovanos?

Albertine (*leyendo*) – Algunas poblaciones en Asia aún conservan en su ADN rastros de esta forma arcaica de humanidad.

Louise – ¿Y cómo sabes todo esto?

Albertine – Chat GPT.

Victor – Creo que aquí podemos decir que ha perdido el juicio.

Albertine – Si varias especies humanas aparecieron en este único planeta, ¿por qué no podrían haber surgido seres inteligentes en otro lugar del universo?

Victor – Mientras no vengan a molestarnos aquí.

Louise – Podría darle un poco de vida al asunto. Porque, seamos sinceros, en Beaucon es bastante aburrido. Especialmente en invierno...

Victor – ¿Vida, dices? Los hombres ya pasan su tiempo matándose entre ellos. ¿Te imaginas si llegaran extraterrestres aquí?

Albertine – Podrían enseñarnos muchas cosas, ¿no?

Victor – ¿Como los españoles o los ingleses a los indígenas americanos, quieres decir?

Albertine – Aún queda una pregunta...

Louise – ¿Qué más?

Albertine – ¿Por qué los primates evolucionaron hacia la inteligencia en apenas unas centenas de miles de años, mientras que otras especies permanecieron en un estado animal?

Victor – ¿Y qué?

Albertine – Le pregunto a GPT... (*Ella teclea en su móvil*) Según él, es porque la inteligencia no siempre es la mejor respuesta en términos de adaptación a su entorno.

Louise – ¿Qué?

Albertine – Bueno... Volverse inteligente no siempre es la mejor manera de sobrevivir en un ambiente hostil.

Victor – Entonces, según tú, si Louise y yo hemos llegado a ser centenarios, ¿es porque tenemos un cerebro de caracol?

Albertine (*continuando su lectura*) – En lugar de centrarse en la inteligencia, por ejemplo, algunas especies apuestan todo por una reproducción masiva.

Louise – Es un hecho que los tontos tienden a tener muchos hijos.

Victor – Eso explicaría por qué no es una especie en peligro de extinción. Los tontos incluso tienden a volverse mayoría.

Albertine – Y sobre todo, la inteligencia es una forma de adaptación muy costosa en términos de energía.

Louise – Es verdad que para leer, a menudo hay que encender la luz.

Albertine – En los humanos, el cerebro representa aproximadamente el 2% de la masa corporal, pero consume alrededor del 20% de la energía total del cuerpo.

Victor – Entonces, ahorrar neuronas es ahorrar energía? En ese caso, todos los tontos son ecológicos.

Louise – Y al revés...

Albertine (*leyendo*) – Para algunas especies, desarrollar un cerebro más grande y complejo no era una opción viable debido a la escasez de recursos alimenticios y energéticos.

Victor le pasa su vaso vacío a Albertine.

Victor – Venga, sírveme otra. Con tus tonterías, me está calentando el cerebro, esto lo refrescará un poco.

Albertine le sirve.

Albertine – ¿Y usted, señora Baronesa, qué está leyendo?

Charline – Una revista de golf...

Albertine – Ah sí, por supuesto.

Mario llega.

Mario – Señoras y señores...

Charline – Entonces, Señor Alcalde, ¿ha conseguido expulsar a ese extranjero en situación irregular de nuestro cementerio?

Mario – He llevado a cabo la investigación preliminar, efectivamente.

Albertine – ¿Y entonces?

Mario – Ese extranjero, como usted dice, es un héroe caído en el campo de batalla durante la Gran Guerra.

Charline – ¿Un héroe?

Mario – ¡Su nombre figura en nuestro monumento a los caídos! ¡No vamos a enterrar a los liberadores de Francia en una fosa común!

Louise – Al mismo tiempo, la guerra del 14 ya empieza a ser antigua, ¿no?

Victor – Incluso nosotros todavía no habíamos nacido.

Louise – Tú tampoco participaste en la del 39-45...

Victor – Me reformaron porque tenía los pies planos.

Mario – De todos modos, durante mi mandato, dejaremos a los héroes de guerra descansar en paz.

Albertine – Así que volvemos al punto de partida...

Victor – Tendría que haber concesiones de parte de todos...

Louise – Sí... Concesiones perpetuas.

François llega.

François – Buenos días a todos.

Mario – Señor Cura. Espero que no esté administrando demasiadas unciones extremas en este momento.

François – No, tranquilos. Incluso he realizado un bautismo esta mañana. Se ha vuelto tan raro en nuestro pueblo.

Mario – Un futuro alumno para nuestra escuela primaria...

Albertine – Dicho esto, Señor Alcalde, noto que desde su decreto, nadie ha muerto en Beaucon-le-Château.

Victor – Es cierto... Es bastante curioso.

Charline – ¿Cree que Dios no se atrevería a desafiar su prohibición llamando a sus hijos? ¿Qué piensa, Señor Cura?

François – No blasfememos, Señora Baronesa. Dios no obedece a las autoridades municipales. Con todo respeto, Señor Alcalde.

Albertine echa un vistazo al periódico.

Albertine – ¿No...? ¡Mire, está en el periódico! ¡Su decreto es la portada!

Mario toma el periódico y lee.

Mario – Está prohibido morir en Beaucon-le-Château. Todo infractor será procesado.

Charline – En verdad os digo... ¡vamos a ser la burla de toda Francia!

Apagón.

Albertine mira la pantalla de su móvil detrás del mostrador. Victor y Louise están sentados en mesas separadas.

Albertine – ¿Saben cuántos seres humanos han muerto desde el nacimiento de la humanidad?

Louise – Nos va a cansar mucho con su inteligencia artificial...

Albertine – Más de 100 mil millones.

Victor – Creo que prefería su estupidez natural.

Albertine – ¿Se dan cuenta? Eso significa que en la Tierra hay diez veces más muertos que vivos.

Louise – No es de extrañar que los cementerios estén empezando a desbordarse.

Albertine (*leyendo*) – Si se hubieran conservado todas las tumbas de estos difuntos, habría un cementerio del tamaño de Italia.

Louise – ¿Italia?

Albertine – Más de la mitad de Francia... Afortunadamente, no mantenemos todas esas tumbas para siempre.

Victor – ¿Y cuál es la duración de una tumba, entonces?

Albertine – Cuando no eres una celebridad, no más de 50 años. Después, los huesos se colocan en un osario. Para hacer espacio para los recién llegados.

Victor – ¿50 años? Entonces, en realidad, el descanso eterno dura incluso menos tiempo que la vida real.

Louise – Hasta que todos te hayan olvidado...

François llega con un periódico.

François – ¡Todavía se habla de Beaucon-le-Château en el periódico!

Victor – ¿Ah, sí?

François – Escuchen esto... (*Leyendo*) Tras la prohibición del alcalde de morir en su municipio, no se contabiliza ningún fallecimiento en Beaucon-le-Château. Algunos no dudan en gritar milagro...

Louise – ¿Un milagro?

François – Un milagro laico, entonces. Nunca he visto al Señor Alcalde en misa los domingos, y no oculta su ateísmo.

Victor – ¿Cree que al pronunciar esta prohibición de morir en el territorio de su municipio, el alcalde podría haber evitado que ocurrieran fallecimientos?

Albertine – Algunos santos han sido beatificados por menos que eso.

Louise – Por cierto, Señor Cura, ¿qué milagro realizó nuestro San Bernabé para ser canonizado?

François – Los pocos documentos de la época que aún conservamos a veces son contradictorios en este punto, pero... habría devuelto la vista a un parálítico.

Victor – Ah, sí, eso es... Es bastante contradictorio, de hecho. Devolver la vista a un parálítico...

Louise – Pero al principio, ¿la persona también estaba ciega o...?

François – Está en latín, y la escritura no es muy legible... Pero al parecer, el pobre permaneció parálítico hasta su muerte.

Louise – Ah, sí, es un poco débil como milagro. Si al menos este milagroso hubiera ganado una medalla en los Paralímpicos.

Victor – Entonces... ¿realmente creen que vale la pena molestarse en encontrar las reliquias de su San Bernabé?

Albertine – Nuestro Alcalde que detiene a La Parca con un simple decreto municipal, eso sí que es algo. ¡A él deberían canonizarlo!

François – Vamos, no caigamos en la superstición...

Victor – Es curioso cómo esa frase suena extraña en la boca de un sacerdote.

François – Seguramente es solo una coincidencia. No se muere todos los días en Beaucon...

Albertine – Pero si es verdad, las funerarias no le agradecerán. Van a terminar por quebrar.

Louise – De todos modos, según mi médico, estoy en plena forma... para una centenaria.

Victor – Sí, yo también.

Albertine – ¿Quién es su médico a los dos?

Louise – El Doctor Pinard.

Albertine – ¿Pinard? Al menos hay que reconocerle que, incluso borracho, sabe reconocer un muerto cuando lo ve.

François – Especialmente cuando es él quien lo ha atropellado con su coche mientras conducía completamente borracho.

Louise – La pobre Josiane...

Charline llega.

Victor – ¿Deberíamos agradecerle al Señor Alcalde por habernos devuelto una nueva juventud?

Louise – Si nos promete la vida eterna, tal vez al final vote por él.

Charline – ¡No se crean todas las tonterías que leen en el periódico!

Albertine – No se puede evitar que corran rumores. Además, he duplicado mi facturación esta mañana. Curiosos que vienen a ver el pueblo donde nunca se muere.

Victor – Si es bueno para el negocio, entonces...

Louise – Y para el mercado inmobiliario.

Albertine – No es el lugar adecuado para comprar en viudedad, eso es seguro...

Victor – A falta de encontrar las reliquias de San Bernabé, nos conformaremos con un santo laico y anticlerical.

Albertine – De todos modos, un lugar de peregrinaje atrae más que un campo de golf para el pequeño comercio.

Louise – ¿Y sus habitaciones de huéspedes, Señora Baronesa? Deben estar completas, ¿no?

Albertine – ¿No sería usted quien alertó a la prensa sobre este pueblo cuyos habitantes viven eternamente?

Charline – No tengo nada que ver con esas noticias falsas, créanme...

Mario llega.

Mario – Señoras y señores.

Charline – A diferencia de algunos que propagan rumores sobre mí, haciéndome pasar por una criminal.

Mario – ¿Y por qué iba a hacer yo algo así, le ruego?

Charline – Para impedirme presentarme contra usted en las próximas elecciones, por ejemplo.

Albertine – Es verdad que un alcalde que promete a sus votantes la vida eterna... ¡Va a ser difícil para los otros candidatos!

Mario – Vamos, no tengo tal poder, lo saben bien...

François – Realmente es hora de poner fin a todo este desorden.

Victor – Eso es seguro... Si nadie muere por simple decisión administrativa, ¡se acabó la cristiandad!

Louise – ¿De qué sirve prometer un billete de ida al paraíso si nadie hace el viaje?

Victor – Y lo mismo para el infierno...

Mario – ¿Qué piensa hacer, Padre?

François – Voy a celebrar una misa para implorar la ayuda de San Bernabé.

Mario – ¿Ese que devuelve la vista a los parálíticos? Entonces estamos tranquilos...

Albertine – Eso era en la Edad Media, al menos sus víctimas ya no corren el riesgo de manifestarse...

Apagón.

Albertine consulta su móvil detrás del mostrador. Louise está sentada en una mesa. Mario está en la barra.

Albertine – Escuchen esto... (*Leyendo*) En 1907, un médico americano realizó experimentos con seis pacientes en fase terminal. Afirma haber medido una pérdida de peso de aproximadamente 21 gramos en el momento de su fallecimiento. Lo que le llevó a concluir que el alma pesa 21 gramos.

Louise – 21 gramos... No es mucho...

Mario – Y aún así, creo que el alma de algunos de nuestros conciudadanos pesa aún menos que eso...

Louise – ¿Piensa en alguien en particular?

François llega.

Albertine – Ah, Señor Cura, una adivinanza para usted. ¿Cuánto pesa un alma?

François – ¿Perdón?

Albertine – Es una broma... En cambio, parece que Dios ha escuchado su oración, Padre...

François – ¿Ah sí?

Albertine – Victor nos dejó esta noche.

François – ¿No? El pobre hombre. El Señor lo habrá llamado a Él.

Louise parece no haber entendido bien.

Louise – ¿Quién ha muerto?

Albertine – Victor. Es Victor quien ha muerto, Louise.

Louise – ¿Victor...? Me sorprende de él.

Mario – ¿Ah sí? ¿Y por qué? Tenía 102 años, después de todo.

Louise – Durante la guerra, era más bien el tipo que colaboraba con el ocupante. Así que contravenir un decreto municipal así...

Albertine – Un resistente de última hora, en suma.

Louise – Aun así, me da pena.

François – Ni siquiera pude administrarle los últimos sacramentos. Paz a su alma...

Louise – La suya tampoco debía pesar mucho... Pero, ¿qué le pasó?

Mario – Después de los cien años, es una pregunta que pierde mucho de su significado.

Albertine – De todos modos, el hechizo está roto. Los periódicos ya no podrán decir que no se muere en Beaucon-le-Château.

Mario – Adiós a los turistas y adiós a los peregrinos. Nuestro pueblo no será el nuevo Lourdes.

Albertine – Queda, Señor Alcalde, que al morir en el territorio de la comuna, el difunto ha contravenido su decreto municipal. ¿Qué sanciones ha previsto para él?

Mario – La urgencia es sobre todo saber qué hacer con el cuerpo...

Victor llega. Los demás están evidentemente atónitos.

Albertine – ¡Victor! ¡Pero creíamos que habías muerto!

Victor – Aparentemente, el Buen Dios no me quiso. Probablemente porque no tenía el permiso del alcalde.

Louise – Pero, ¿qué pasó?

Victor – Llamé al Doctor Pinard anoche porque no me sentía bien. Después no recuerdo nada. Solo que me desperté en la morgue.

Mario – ¿En la morgue?

Victor – El Doctor me había declarado muerto por error.

Albertine – El Doctor Pinard... Debía estar borracho otra vez...

Louise – Si me desmayo, por favor llamen a otro médico. ¡No quiero ser enterrada viva!

Oscuro.

Albertine lee el periódico detrás del mostrador. François está sentado en una mesa, examinando documentos.

François – ¡Hostia, claro...!

Albertine levanta la vista del periódico.

Albertine – ¿Le he oído maldecir, Señor Cura?

François – Que Dios me perdone, me dejé llevar por mi entusiasmo. Es sobre las reliquias de San Bernabé.

Albertine – ¿Y... dónde está el cuerpo?

François – Es demasiado pronto para decirlo, pero esta vez estoy en una pista... Una pista muy seria, incluso...

Mario llega.

Albertine – ¡Ah, Señor Alcalde! (*Le muestra un artículo en el periódico*) Se ha hecho viral, como se dice hoy en día. Después de esta resurrección milagrosa, se le presenta como el nuevo mesías. ¡Mire esto! Le llaman « el mago de Beaucon-le-Château »...

François – Es una abominación, Señor Alcalde... ¡Hay que acabar con esta locura!

Mario – Reconozco que yo mismo estoy superado por este asunto. Este decreto municipal no era más que una broma para obligar a la Baronesa a ceder su terreno. ¡No pensé que todo esto llegaría tan lejos!

Charline llega.

Albertine – Justo ahí viene. Y no parece estar de buen humor...

Charline – Acabo de enterarme de que mi proyecto de campo de golf ha sido invalidado por el consejo municipal.

Mario – No era un buen proyecto para el municipio. Ni para el planeta, por cierto. El consejo se ha alineado con mi opinión.

Charline – Más bien diría que usted hizo presión.

Mario – De todos modos, es una razón menos para negarse a vender al municipio algunos terrenos de su inmensa propiedad... A menos que realmente tenga algo que ocultar...

Charline – ¿Cree que voy a cederle ese terreno solo para probar que no enterré a mi marido allí?

François – No se obstine, señora Baronesa... Es por una buena causa.

Albertine – Para las próximas elecciones, este sentido del bien público podría jugar a su favor.

François – Y además Dios se lo recompensará...

Mario – Si la Iglesia se lo pide... y si Dios garantiza el reembolso.

Charline duda antes de decidirse.

Charline – Está bien... Pero le advierto, no voy a malvender mi propiedad.

Mario – ¿Cuánto pide?

Charline – Quinientos euros por metro cuadrado.

Mario – ¡Ese es el precio del terreno edificable! Y le recuerdo que esa parte de su parque no se puede destinar a la construcción.

Charline – Es para establecer ultimas moradas, ¿no? Entonces lo consideraré como una urbanización. Es tomarlo o dejarlo...

Mario permanece pensativo. Los demás esperan su decisión.

Negro.

Albertine consulta su móvil detrás del mostrador. Victor llega.

Albertine – Escucha esto... En el universo, las distancias entre las galaxias son tan grandes y el tiempo para recorrerlas es tan largo que, si los extraterrestres nos visitaran, es porque habrían alcanzado la inmortalidad necesaria para realizar tal viaje...

Victor ni siquiera parece escucharla.

Victor – No hay mucha gente hoy. ¿Se han muerto todos o qué?

Albertine – Al menos, ahora tenemos espacio para recibirlos.

Victor – ¿A los extraterrestres?

Albertine – ¡A los muertos! El alcalde colocó esta mañana la primera piedra para el nuevo cementerio. ¿Estuviste allí?

Victor – No iba a perderme eso... Cuando compras sobre plano, siempre es mejor vigilar la obra.

Albertine – Todo está en orden, en suma. Pero todos los curiosos también se han ido.

Victor – Es verdad que deja un vacío.

Albertine – Espero que el Señor Cura consiga finalmente las reliquias de San Bernabé, eso reactivaría un poco los negocios...

Mario llega con Louise.

Mario – Señoras y señores.

Albertine – Señor Alcalde. ¿Entonces? Parece que ha perdido su aureola. ¿Se acabaron los milagros?

Mario – No me lo digas... Desde que suspendí ese decreto, los viejos caen como moscas en la comuna...

Victor – Por cierto, hace un tiempo que no vemos a la Baronesa...

Albertine – ¿No ha muerto, al menos?

Mario – ¿No lo sabe? Está en custodia...

Victor – ¿No? ¿Por qué?

Mario – Al hacer excavaciones en su terreno para los trabajos preparatorios de la ampliación del cementerio, se descubrieron restos humanos.

Louise – ¿Su marido?

Mario – Probablemente.

Victor – Entonces esas rumores, ¿eran verdad...?

Louise – Yo siempre pensé que tenía cara de asesina en serie.

Albertine – ¿Creen que podría haber matado a otros, y que su parque ya está lleno de cadáveres?

Victor – Esperemos que no, porque si es el caso... el nuevo cementerio estaría completo incluso antes de su inauguración.

Charline llega.

Albertine – ¡Señora Baronesa! ¿La han liberado?

Charline – ¡He sido víctima de un error judicial!

Mario – Uno más...

Charline – Tras el análisis, los restos encontrados en mi parque resultan ser mucho más antiguos de lo que se pensaba.

Albertine – ¿Mucho más antiguos? ¿Quiere decir... un Neandertal o algo así?

Charline – Lo suficientemente antiguos para que no me puedan culpar de un asesinato.

François llega, bastante emocionado, con su dossier bajo el brazo.

François – ¿Están al tanto?

Mario – ¿De estos restos? Sí. La señora Baronesa afirma que tiene una coartada. No había nacido aún cuando se cometió el crimen...

François – Estos restos fueron descubiertos en el lugar exacto donde se encontraba la antigua abadía destruida durante la Revolución.

Victor – ¿Podrían ser las reliquias de San Bernabé?

François – Es una posibilidad seria, de hecho. Que deberá ser confirmada por otros análisis.

Mario – Al menos, ahora tenemos espacio para recibir a su Santo.

François – Precisamente sobre eso...

Mario – ¿Qué pasa ahora...?

François – Los documentos que he descubierto recientemente en la cripta muestran que los antepasados de la señora Baronesa, quienes adquirieron el dominio bajo el Imperio de Napoleón junto con su título de nobleza, habían anexado una parte del cementerio de la iglesia para construir establos.

Mario – Vaya...

François muestra un documento.

François – Mire... Los contornos del antiguo cementerio, mucho más grande en aquella época, aparecen claramente en esta grabado. Y abarcan una gran parte del actual parque del castillo.

El alcalde examina los documentos que le ofrece el cura.

Mario – En resumen, este terreno simplemente será devuelto a su destino original. Y si me guío por esta grabado, el ayuntamiento incluso podría aspirar a una extensión mucho mayor.

François – Los catastro modernos datan de Napoleón...

Mario – Eso explica que nadie se haya dado cuenta antes de esta anexión salvaje del dominio público. Señora Baronesa?

Charline (*poco convincente*) – Les aseguro que no estaba al tanto...

Mario – Entonces pediremos a la justicia que resuelva este litigio.

Charline parece incómoda.

Charline – Un buen acuerdo siempre es mejor que un mal juicio, ¿no es así...? (*A regañadientes*) Acepto donar este terreno al municipio. Con la condición de que el ayuntamiento renuncie a cualquier otra pretensión sobre mi dominio.

Mario – Gracias por su espontánea generosidad, señora Baronesa. En un espíritu de reconciliación, acepto con gusto su propuesta.

Albertine – Siempre podrá hacer un minigolf en lo que le quede del parque... No se necesita permiso para eso, ¿verdad, Señor Alcalde?

Mario – De todos modos, pronto tendremos un cementerio más grande. Por eso, esta prohibición de fallecer en el territorio del municipio ya no tiene sentido.

Albertine se dirige a Victor y Louise, que parecen tener ahora una relación más cercana.

Albertine – ¿Han oído eso, ancianos? Tienen derecho a morir...

Louise – ¿Es una invitación?

Victor – Bueno, tampoco tenemos prisa...

Albertine – En cualquier caso, ya no tendrán que disputar el último lugar en el cementerio. Pero parece que el momento ya no es para peleas entre ustedes, ¿me equivoco?

Louise – Esta prueba nos ha acercado, ¿verdad, Victor?

Mario – ¿No me digan que van a casarse?

Victor – No, pero hemos decidido tomar un mausoleo juntos.

Mario – Es una decisión sabia. Para una pareja joven, adquirir bienes raíces es la mejor inversión a largo plazo.

Albertine – ¡Vamos, invito a una ronda general para celebrar la inauguración del nuevo cementerio!

Música. Albertine llena los vasos. Victor invita a Louise a bailar. Y Mario invita a Charline.

Fundido a negro.

Fin.

El autor

Nacido en 1955 en Auvers-sur-Oise, Jean-Pierre Martinez sube primero a las tablas como baterista en varias bandas de rock, antes de convertirse en semiólogo publicitario. Luego fue guionista de televisión y volvió al escenario como dramaturgo. Escribió un centenar de guiones para la pequeña pantalla y más de cien comedias para el teatro, algunas de las cuales ya son clásicos (*Viernes 13* o *Strip Poker*). Actualmente es uno de los autores contemporáneos más interpretados en Francia y en los países francófonos. Por otra parte, varias de sus piezas, traducidas al español y al inglés, están regularmente en cartelera en Estados Unidos y América Latina.

Para los aficionados o los profesionales que buscan un texto para montar, Jean-Pierre Martinez ha optado por ofrecer sus piezas como descarga gratuita desde su sitio La Comédiathèque (comediatheque.net). No obstante, toda representación pública está sujeta a autorización ante la SACD.

Para aquellos que sólo deseen leer estas obras o que prefieran trabajar el texto a partir de un formato libro tradicional, se puede pedir una edición en papel de pago en el sitio The Book Edition o Amazon a un precio equivalente al coste de fotocopia de este fichero.

Comedias de Jean-Pierre Martinez traducidas en español

Comedias para 2

Cara o Cruz
Cuidado frágil
El Joker
El Último Cartucho
Ella y El
Encuentro en el andén
EuroStar
La Corda
La ventana de enfrente
Los Naufragos del Costa Mucho
Ni siquiera muerto
Nochevieja en la morgue
Preliminares
Zona de Turbulencias

Comedias para 3

13 y Martes
Crash Zone
Cuidado frágil
El Contrato
Ménage à 3
Plagio
Por debajo de la mesa
Un breve instante de eternidad
Un pequeño asesinato sin consecuencias
Un pequeño paso para una mujer, un salto hacia atrás para la Humanidad...

Comedias para 4

Amores a Ciegas
Apenas un instante antes del fin del mundo
Cama y Desayuno
Patis y Castigo
Cuarentena
Cuatro Estrellas
Denominación de Origen no Controlada
Después de nosotros el diluvio
El contrato
El cuco
El olor del dinero
El yerno ideal
Foto de Familia
Gay friendly
¿Hay algún autor en la sala?
¿Hay algún crítico en la sala?
Las Pirámides
Los Turistas
Regreso a la escena
Strip Póker
Un Ataúd para Dos
Un Matrimonio de cada dos
Una Noche infernal

Comedias para 5 o 6

Bien está lo que mal empieza
Patis y Castigo
El Rey de los Idiotas
El Sorteo del Presidente
Flagrante delirio
Nochebuena en la comisaría
Pronóstico Reservado
Sin flores ni coronas

Comedias para 7 o más

A corazón abierto
Bar Manolo
Batas blancas y humor negro
¡Bienvenidos a bordo!
Como una película de Navidad...
Crisis y Castigo
Dedicatoria especial
El infierno son los vecinos
El pueblo más cutre de España
El Sorteo del Presidente
Error de la funeraria a tu favor
Jaque Mate
La función no está cancelada
Los Flamencos
Había una vez un barco chiquitito
Milagro en el Convento de Santa María-Juana
Nochebuena en la comisaría
Prehistorias grotescas

Comedias de sainetes (sketches)

A corazón abierto
Aviso de paso
Breves del Tiempo Perdido
¡Demasiado es demasiado!
Ella y El, Monólogo Interactivo
Escenas callejeras
Memorias de una maleta
Muertos de la Risa

Monólogos

Como un pez en el aire
Happy Dogs

Todas las piezas de Jean-Pierre Martinez son libremente descargables desde el sitio comediatheque.net

*Este texto está protegido por las leyes relativas a los derechos de propiedad intelectual.
Toda falsificación es punible con condena de
hasta 300.000 euros y tres años de prisión.*

Aviñón – Septiembre de 2024

ISBN 978-2-38602-253-1

© La Comédiathèque

Obra descargable gratuitamente.